

LAQUEUR, WALTER: *Terrorismo*, Biblioteca de Ciencias Políticas. Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1980.

En la Introducción a la edición española, el autor hace una reconsideración del terrorismo, no sólo por los nuevos hechos terroristas acaecidos desde 1977, año en que se publicó la edición inglesa (súbito aumento del terrorismo en Italia, España, Turquía y disminución o supresión en Argentina, Palestina, República Federal de Alemania, Irlanda del Norte), sino porque las numerosas aportaciones a la literatura sobre el tema, preferentemente en Alemania, no explican adecuadamente el fenómeno. Queda mucho por investigar: «el estudio en profundidad sobre

el terrorismo no ha hecho aún más que empezar». Incluso «existen también otros aspectos del terrorismo que quizá nunca lleguemos a comprender».

En el capítulo I, «Los orígenes», se expone el estereotipo del terrorista clásico. Este ha cambiado extraordinariamente. No es una ideología, sino, más bien, una estrategia; los que la practican tienen en común unas creencias básicas. Los terroristas, a pesar de sus grandes diferencias, coinciden —como en su técnica— en su estructura mental. El terrorismo no es, como se le considera frecuente-

mente, una subespecie de la «guerra de guerrillas» o «revolucionaria». Tampoco coincide exactamente con la llamada «guerrilla urbana». Sus rasgos esenciales son: 1) es un fenómeno nuevo, de los más importantes que tiene que afrontar la humanidad; 2) es una respuesta a la injusticia, por lo que la única forma de reducirlo es reducir sus causas (agravios, vejaciones, frustraciones...); 3) los terroristas son fanáticos empujados a la desesperación y con una profunda inspiración ideológica; 4) el terrorismo puede darse en cualquier sitio.

Ante la imposibilidad de escribir una «historia mundial» o hacer una «teoría general» del terrorismo, el autor se limita a exponer los «estadios fundamentales» en el desarrollo del terrorismo y los «rasgos esenciales» y «principales problemas» de la «doctrina terrorista».

El terrorismo como «sistema de terror», etimológicamente, aparece vinculado a la Revolución francesa a fines del siglo XVIII. Recientemente, ha perdido el término su connotación estrictamente política. El terror se ha usado siempre y en muchos acontecimientos históricos. El campo del presente estudio se limita a los movimientos que han usado el terrorismo sistemático como arma principal. Los actuales grupos terroristas nada tienen que ver con los *sicarii zelotes*, los asesinos *fidaiyyin* del Medievo, los *thugs* de la India, los *Lanzas Rojas de China* y el *Ku-Klux-Klan*. El terrorismo sistemático empieza en la segunda mitad del siglo XIX, especialmente el de

carácter nacionalista y anarquista. El movimiento más importante fue, en la Rusia de fin de siglo, el *Noródnia Volia*, con una segunda oleada hacia 1902, patrocinada por el Partido Social Revolucionario. El terrorismo irlandés hace su aparición en 1791 y no ha cesado desde entonces, con intermitencias. También el terrorismo armenio contra la opresión turca empezó en los años noventa del siglo XIX y, también con esporádicas intermitencias y aparentes supresiones, ha sobrevivido hasta hoy, al tiempo que surgía en Macedonia el IMRO, que propugnaba la independencia frente a Turquía. Hubo otros grupos terroristas nacionalistas en Polonia y en la India, pero el momento culminante del terrorismo en Europa Occidental fue la «propaganda mediante la acción» de los anarquistas en los años noventa del siglo XIX. Estos llevaron a cabo numerosos atentados de personalidades políticas, pero su autores actuaban por cuenta propia, sin apoyo de los grupos a los que pertenecían. Fueron hechos aislados, espectaculares, pero no se los puede considerar como terrorismo organizado. Otro tanto sucedió en Estados Unidos con los *Molly Maguires*, a quienes erróneamente se identificó con los comunistas. Especial importancia tuvo el terrorismo sistemático en España en conexión con los primeros movimientos obreristas y bajo la inspiración de Bakunin: en los sindicatos, el terrorismo se hizo endémico. También en zonas rurales, especialmente en Andalucía. La FAI se convirtió en el grupo dominante

y Durruti en el nombre más tristemente célebre. De España saltó el terrorismo a la Argentina, con el incansable Simón Radowitsky.

Hasta mitad de la primera guerra mundial se pensaba que el terrorismo era un fenómeno de izquierdas. Después de aquella, las operaciones terroristas estuvieron patrocinadas por grupos nacionalistas-separatistas (croatas, irlandeses, grupos fascistas alemanes y franceses, *Guardia de Hierro* rumana, etc.). Pero, al ser época de floración de los partidos de masas, el terrorismo fue principalmente individual. Durante la segunda guerra mundial y posguerra surgen grupos terroristas en Palestina, en Chipre, en Adén: la EOKA y, sobre todo, el FLN argelino. No obstante, lo que prevalece en esta época es la guerra de guerrillas, cuyo principal escenario era el campo y sus grandes teóricos Mao-Tse-tung, Fidel Castro y Che Guevara. Es a mediados de los años sesenta cuando aparece el terrorismo urbano, incluso en Japón.

En el capítulo II analiza Laqueur «La filosofía de la bomba» que surge en el siglo XIX, aunque sus orígenes son más antiguos: filosofía del tiranicidio desde los pensadores grecorromanos, pasando por los teólogos del siglo XVI y George Buchanan, que tendría su influencia en los revolucionarios del siglo XVIII y del XIX (Nikolai Morozov, Baboeuf, etc.). Los carbonarios italianos se destacaron en este campo, aunque tampoco constituyeron un terrorismo sistemático y organizado. Expone después el pensamiento revolucionario de Carlo Bianco, Conte di

Saint Jorioz, Weitling y Karl Heinen, quien fue el primero que presentó un completo desarrollo doctrinal del terrorismo moderno. Repasa luego el pensamiento de Bakunin, que sólo sus sucesores desarrollaron como «la propaganda mediante la acción». Bakunin pinta con gran viveza el retrato del «revolucionario profesional» y expone en su *catecismo* los consejos tácticos. Habla luego de la organización rusa de Ishutin, que recibió el nombre de *infierno*, y sobre las sucesivas etapas del terrorismo ruso previo a 1917.

El ejemplo de los rusos tuvo considerable influencia sobre los movimientos terroristas contemporáneos y posteriores en el resto del mundo. El libro analiza en particular su repercusión en los Balcanes, en Turquía, en la India hasta el rechazo de que éste fue objeto por parte de Gandhi: el terrorismo—decía éste—era una institución occidental que no había logrado nada bueno. El libro dedica un mayor espacio al tratamiento del terrorismo indio. Luego se analiza la llamada «propaganda mediante la acción», que se remonta al héroe del Risorgimento, Carlo Pisacane, pero cuya formulación clásica se debe al francés Brousse y al ruso Kropotkin. Durante todo el siglo XIX no hubo un terrorismo anarquista *organizado* e *internacional*; sólo hubo numerosos actos aislados terroristas. El mismo Kropotkin acabaría por reconocer más tarde que se había cometido un error: el terrorismo individual nunca provocaría la revolución. En los años noventa, aquel terrorismo empezó a decli-

nar, a excepción de España, donde había comenzado más tarde con la *Mano Negra* en Andalucía y los *atentados sociales*, sobre todo en Cataluña, donde proliferaron los *pistoleros a sueldo* en las fábricas. El terrorismo español—al igual que el de los Estados Unidos—se explicó por la larga tradición de violencia política en ambos países. Es la época de la apología de la dinamita.

El autor estudia a continuación la figura y doctrina del gran terrorista afincado en los Estados Unidos, Johann Most, el primero que cayó en la cuenta del efecto multiplicador que para la «propaganda de la acción» suponen los medios de comunicación de masas. Y eso produciría el «efecto del eco»: la imitación en todas partes del mundo. El *hiperradicalismo* de Most nos parece hoy absurdo y contraproducente; en todo caso, su influencia se redujo a un pequeño grupo de inmigrantes. A continuación, dedica un apartado a «Marx, Engels y el problema del terrorismo». En general, Marx y Engels no estuvieron de acuerdo con él; la revolución—decían—la hace una clase social, no un puñado de conspiradores. Además, las víctimas del terrorismo eran precisamente y con frecuencia gentes del pueblo, pobres proletarios. Sin embargo—influídos por Blanqui—, reconocerían consciente e inconscientemente que las masas necesitan de un grupo de conjurados que puedan movilizarlas. Si, en principio, el terrorismo era rechazable en los países occidentales, no se podía rechazar de plano

en todos los casos. Por su parte, los socialdemócratas alemanes (Liebknecht, Bebel) consideraban que Most era un desequilibrado mental o una persona sin alguien que le guiara. Y se corría el peligro de confundir a los terroristas anarquistas con toda la izquierda. La actitud de Lenin fue ambivalente hacia el terrorismo individual: reconocía su heroísmo, pero rechazaba sus actividades. Además, los terroristas (constituídos por la *intelligentsia* o grupos de intelectuales) estaban desconectados de la clase trabajadora y campesina. No obstante, podía ser esencial en determinados momentos de la lucha revolucionaria. Más tarde, hacia 1911, lo mismo Lenin que Trotski mantuvieron de nuevo que el terror era ineficaz: sólo conseguía introducir de forma momentánea la confusión en las filas del poder establecido; pero el capitalismo no descansa sólo sobre sus ministros. Si bastaran algunas acciones terroristas no tendría sentido un partido de masas proletario. Si acaso el terrorismo podría tener futuro en lo que hoy llamamos *Tercer Mundo*. Las actitudes comunistas—concluye el autor—han mostrado siempre desde entonces la misma ambigüedad hacia el terror individual.

El terrorismo no ha sido exclusivamente de izquierdas. A menudo ha sido empleado por grupos nacionalistas y de extrema derecha: India, Irlanda, etc., entre los nacionalistas; los *Cien Negros* en Rusia y los nacionalsocialistas y fascistas entre los de ideología totalitaria de extrema derecha. Ganar la calle es ganar las masas y

conquistar el Estado, diría Goebbels. Por su parte, Mussolini denominaría «higiene social» al asesinato de los enemigos políticos: «se trata simplemente de quitar de la circulación a algunos individuos como un médico eliminaría un bacilo». Para el Duce, la violencia era «liberadora». Los nazis, sin embargo, insistieron en que nunca eran ellos los primeros en utilizar el terror; practicaban sólo «el terror contra el terror», en propia defensa. Entre los grupos terroristas de extrema derecha, el libro se refiere a la organización húngara *Cruces flechadas*, al IMRO macedonio (movimiento tipo *mafia* que se mezcló, entre otros, en asuntos de drogas), la *Guardia de Hierro* rumana (legionarios cuya moral estaba en vivir para la muerte haciendo de ésta una mística), los terroristas japoneses de los años veinte, el CSAR en Francia. Pero tanto el terrorismo de izquierdas como el de derechas tienen coincidencias ideológicas (además de las estratégicas): la acción es más importante que las palabras, el desprecio por el liberalismo y la democracia burguesa y el sentimiento de su misión histórica (de *unos pocos escogidos*). En algunos casos se mezclaron elementos de fanatismo religioso (sentido de elección para el sacrificio). En otros, la exaltación patriótica o nacionalista.

El capítulo III se dedica a la «Sociología del terrorismo» entendido como «el uso secreto de la violencia por un grupo con fines políticos». Sus metas y estrategia suelen ser similares, pero sus móviles, su inspiración y hasta la

procedencia social de sus miembros presentan amplias divergencias. Precisamente por ser grupos pequeños se resisten a todo análisis con frecuencia. A los terroristas les preocupan metas inmediatas; a menudo operan a corto plazo sin pensar en lo que pueda pasar después: su objetivo es destruir el sistema; su estrategia, la provocación. Aunque luego, cuando les ha sido posible, han tomado en sus manos el poder. En los movimientos terroristas se dan numerosas contradicciones: no se sabe por cuánto tiempo podrán actuar en nombre de las masas sin perder la credibilidad si no cuentan con el apoyo de la población, y, en fin, casi siempre ha habido disensión y rivalidad entre el ala política y terrorista o militar del movimiento.

La «organización del terrorismo». Las operaciones requieren una planificación minuciosa que incluye, especialmente, la previa vigilancia de la víctima, el transporte, la huida, la documentación, las armas y, sobre todo, el dinero. Necesitan un departamento de publicidad y un mando central muy profesionalizado y eficiente. El sistema de comité ha ido cediendo su puesto en favor del liderazgo indiscutible. Lo cual ha sido fuente de rivalidades. Junto a la minuciosa planificación se requiere una alta capacidad de improvisación. Por eso, la dirección central se ocupa de la estrategia en sentido amplio, dejando los detalles a las ramas locales. Generalmente, el mando central ha estado situado en el extranjero. Los grupos terroristas no suelen ser muy nume-

rosos, pues, a mayor número, más fácil será descubrirlos. En caso de serlo, sólo unas docenas se dedican al terrorismo activo. Las campañas sólo pueden ser duraderas cuando actúan replegándose al extranjero, cuando cuentan con el apoyo de la población o ambas cosas. Las campañas de terrorismo en las ciudades rara vez duran más de tres o cuatro años, pues, tan pronto como las fuerzas de seguridad han dominado las técnicas antagónicas, las bajas terroristas son demasiado elevadas.

El efecto eco es importante, por cuanto una campaña terrorista en un país ha proporcionado inspiración para otras similares en otros sitios.

Las finanzas del terrorismo. El terrorismo moderno necesita grandes cantidades de dinero. Los anarquistas del siglo XIX fueron relativamente pobres o recibieron fuertes sumas de raros simpatizantes. A veces, acudieron a las llamadas *expropiaciones* y a los robos a personas pudientes «con ánimo de devolvérselas (las cantidades) cuando se lograra la independencia» en los movimientos independentistas. También se falsificaron billetes. Más tarde, algunos gobiernos empezaron a financiar grupos terroristas extranjeros (sobre todo, Hungría e Italia a movimientos de los Balcanes). Hoy es sabido que la URSS, Libia, Argelia y otros países árabes han repartido dinero con bastante largueza y, a veces, como en el Ulster, apoyando a ambos bandos en el mismo conflicto. La OPEP ha dado millones de dólares a la OLP. Puede afirmarse que, des-

pués de la Segunda Guerra Mundial, el terrorismo llegó a ser, en ocasiones, un gran negocio con ramificaciones internacionales, mantenidas tenazmente en la sombra. Con esta nueva *opulencia*, como la llama Walter Laqueur, se ha llegado a pagar salarios muy altos por acciones específicas, y a los liberados, en mayor cuantía que una profesión legal. La organización *Septiembre Negro* recibió siete millones de dólares por el secuestro de los atletas israelíes en Munich. Este dinero se invirtió a menudo en bienes inmuebles, y por problemas de dinero hubo discusiones internas entre grupos terroristas. El moderno terrorista ya no es un desharrapado; puede vivir como un *play boy* en zonas turísticas de lujo (1).

Los servicios de información. Son clave en el éxito de las operaciones terroristas. El disfraz fue uno de los medios más utilizados (cocheros, vendedores ambulantes, fontaneros y hasta faquires). Más frecuente fue el obtener información de confidentes a sueldo, especialmente de personal de reparaciones y limpieza. Pero sobre todo las infiltraciones en la Administración y en la Policía. El IRA ha tenido como objetivo primordial la División G de la Policía de Dublín, porque «a estos hombres no se los podía reemplazar tan fácilmente» como a los soldados británicos. Algunos terroristas multinacionales han llegado a disponer hasta de boletines de la Interpol.

(1) El libro incluye un cuadro (p. 135) con los ingresos en dólares de 1976 de varios grupos terroristas y sus fuentes.

Las armas terroristas. Del puñal, la pistola y la bomba (que se consideró a fines del XIX como no superable), hoy se ha pasado a emplear armas de guerra ligeras e incluso morteros. La sofisticación de la técnica de explosivos logró reducir el inconveniente del gran bulto de las bombas. Pronto se inventó la carta bomba, pero tardó mucho tiempo en ser perfeccionada. Aunque el tráfico de armas de contrabando es generalizado, después de las guerras había excedentes importantes. A partir de los años sesenta, las bombas de plástico, e incluso lanzagranadas, se transportaron de un país a otro con la protección de valijas diplomáticas. Los progresos técnicos en clases de explosivos y detonantes han sido enormes. Son, no obstante, pocos los terroristas verdaderamente expertos en el manejo y transporte de explosivos.

El contraterrorismo. Los métodos tradicionales han demostrado su ineficacia y no existe número suficiente de efectivos de policía para prevenir ataques prácticamente en cualquier lugar y hora. Ni siquiera en los regímenes totalitarios. Los terroristas cuentan con la gran ventaja de actuar fuera de la ley, mientras que la policía no puede utilizar medios ilegales para actuar contra el terrorismo. Las normas de detención son rigurosas en las Constituciones y la tortura, formalmente, está prohibida. Sigue, por ello, resultando necesario para la policía el empleo de confidentes, infiltrados o no. Se citan numerosos casos históricos célebres, algunos de los

cuales practicaron el doble espionaje. Las cantidades pagadas y el número de confidentes de algunos servicios policiales han sido muy considerables ya desde finales del siglo pasado.

Se dice que «la peor amenaza para los terroristas es la promesa de una recompensa por cualquier información que facilite su captura». Sin embargo, se señala otra vez la diferencia entre terrorista y guerrillero, ya que aquél «tiene que encontrar refugio entre la gente, y muchas personas no simpatizarán con él», mientras que el guerrillero se refugia en bosques y despoblados. El terrorista urbano necesita albergue, alimento y personas que le apoyen. Pero es difícil obtener confidentes en la gran ciudad, y la propia cadena de mando policial complica la relación con aquéllos y compromete más el secreto de su identidad. También algunos ex terroristas han colaborado con la policía, así como elementos del hampa y otros delincuentes comunes.

El principal peligro para los terroristas ha sido siempre la disensión interna y la lucha por el poder entre ellos. Externamente se han presentado aquéllas como diferencias ideológicas o tácticas pero con frecuencia se ha debido más a choques de personalidades.

Diferentes clases de tácticas terroristas. El asesinato de representantes destacados del sistema ha sido el método más antiguo y clásico. El asesinato indiscriminado es mucho más reciente y va ligado al uso de explosivos. El terror indiscriminado, sólo lo han usado grupos muy pequeños para llamar

la atención y generalmente contra extranjeros. El asesinato, la lesión, las *expropiaciones* o extorsiones, los atracos a bancos han sido métodos frecuentes. Los tupamaros inventaron las *cárceles del pueblo* generalizando el secuestro. El secuestro de diplomáticos ha sido una de las modalidades más frecuentes, acabando en la mayoría de los casos con el pago del rescate o la muerte del secuestrado. Hay que mencionar también el terrorismo rural (se vuelve a citar la *Mano Negra* hacia 1880 en Andalucía). Una de las técnicas más dramáticas ha sido el secuestro de aviones entre 1945 y 1950, pero generalizado en los años sesenta.

El terrorismo y los medios de comunicación. «El éxito de una operación terrorista depende casi por entero de la cantidad de publicidad que reciba» y esa fue una de las principales razones por las que se pasó de la guerrilla rural al terrorismo urbano. «Basta con que pongamos una bomba pequeña en un edificio de la ciudad para estar seguros de salir en grandes titulares. Pero si los guerrilleros *rurales* acaban con una treintena de soldados, la noticia no pasaba de ser una gacetilla en la última página», dijo un terrorista latinoamericano. Hay que contar, además, con la tendencia inherente de los medios de comunicación hacia el sensacionalismo. A veces, esa publicidad ha magnificado el tamaño y la acción de grupos de escasa importancia. Los terroristas, por su parte, al elegir sus víctimas, sobre todo en secuestros, lo han hecho más en función de la repercusión publicitaria inter-

nacional que de un objetivo para ellos importante.

El apoyo popular. Es aspiración indispensable de todos los terroristas, pero pueden contar más con él los nacionalistas radicales que se presentan como liberadores de una opresión extranjera. Es el caso, principalmente de los terroristas irlandeses, vascos y palestinos. Se relatan algunos ejemplos históricos. Los terroristas han buscado también el apoyo de intelectuales de izquierdas (especialmente la Banda Baader-Meinhof despertó gran eco en buena parte de intelectuales franceses como Sartre, Simone de Beauvoir, etc.); así como los terroristas de extrema derecha han contado generalmente con «jueces indulgentes y el apoyo, a escondidas o manifiesto, de los partidos nacionalistas».

Lazos internacionales. Desde las primeras décadas del siglo XIX (La joven Europa de Mazzini) han existido conexiones internacionales terroristas aunque fueron al principio abstractas y de simpatía o solidaridad. Unos imitaron a otros; a veces hubo apoyo financiero y tuvieron como base de operaciones y, más frecuentemente, como refugio a otros países. Algunos de estos países receptores montaron auténticas pantomimas haciendo que buscaban a aquellos cuya extradición se les solicitaba pero, en realidad, los dejaron escapar. El IMRO tuvo su base de operaciones en Bulgaria, los croatas en Italia, el IRA en la República de Irlanda y los palestinos, primero en Jordania y luego en el Líbano. Es, por otra parte, evidente, el apoyo, económico y con armas, de Gobier-

nos extranjeros. En el libro se citan ejemplos concretos. Pero el apoyo de la conexión entre los diversos grupos terroristas data de los años setenta: libios, argelinos, norcoreanos, cubanos... actuaron como tesoreros, suministradores de armas, entrenadores... Los grandes patrocinadores actuaron generalmente a través de intermediarios para hacer difícil la prueba de su implicación y hasta se defendió en la ONU el apoyo a ciertos grupos por tener carácter humanitario. Como resultado, algunos grupos quedaron en una fuerte dependencia respecto a sus patrocinadores y, en todo caso, se ha tejido «un laberinto casi impenetrable de conexiones, intrigas, intereses comunes y conflictivos».

La eficacia del terrorismo. Es evidente que algunos actos terroristas, por ejemplo el asesinato de Sarajevo, han alterado el curso de la historia y que otros no lo hicieron por haberse frustrado. Pero, salvo alguna reacción leve en favor de las intenciones terroristas (como la mejora en la situación de sus presos), se puede afirmar que casi siempre fue negativa: sus actuaciones provocaron represiones violentas y mayor radicalización. Se cita el caso de los acontecimientos que precedieron y llevaron a la guerra civil española de 1936-1939 y el origen del salazarismo en Portugal. Se alude al significativo caso de Uruguay, donde los tupamaros, «uno de los grupos terroristas más atractivos», sólo lograron destruirse destruyendo antes la democracia de uno de los países de Suramérica donde se hallaba más firmemente arraigada

porque el terrorismo suele irremisiblemente provocar la dictadura militar de derechas que, a la vez, acaba con su propio movimiento. Se ha dicho que «los sepultureros del Uruguay también cavaron su propia tumba» (Regis Debray). «El terrorismo desde abajo produjo un terror masivo e infinitamente más efectivo desde arriba», dice W. Laqueur.

Los grupos terroristas con más éxito, según el autor, pueden dividirse en tres grupos: 1) los que buscaban fines muy concretos como el terrorismo industrial inglés; 2) los que tuvieron poderosos protectores en el exterior como los palestinos; 3) los del Tercer Mundo, enfrentados con potencias colonialistas y que luchaban por su propia liberación. «La experiencia histórica muestra que el terrorismo de tipo nacionalista tiene mejores posibilidades de éxito que los demás. Pero también sus logros son a menudo problemáticos» por varias razones: a veces agravan más las crisis y acaban complicando sectores más amplios (como aconteció en Chipre) o se anquilosan por largo tiempo (como en el Ulster y Oriente Medio) donde parece que no habrá paz hasta que un grupo aniquile al otro. Dice Laqueur: «Visto con perspectiva histórica, el terrorismo sólo ha sido eficaz en circunstancias muy específicas. No ha tenido éxito contra dictaduras fuertes y mucho menos contra los modernos regímenes totalitarios. En sociedades democráticas o contra regímenes autoritarios poco eficaces, ha tenido en ocasiones más éxito» que puede considerarse muy discutible.

Dice Walter Laqueur: «El terrorismo siempre genera abundante publicidad pero su impacto político está con frecuencia en razón inversa a la atención que le prestan los medios de comunicación. Pero en muchos casos, los terroristas se mueven más por la necesidad de actuar que por una consideración racional de las consecuencias de sus acciones y no hay razón para suponer que pasados fracasos lleguen a tener un efecto disuasorio en el futuro».

La personalidad terrorista. La coincidencia en objetivos y métodos no supone unas características comunes psicológicas. No se puede generalizar. No hay dos movimientos terroristas iguales. Lo único que les asemeja, por razones obvias, es la juventud de sus miembros. Se han nutrido de gentes provenientes de diversas clases sociales. Casi una constante ha sido el importante papel jugado por las mujeres en los grupos terroristas. Se analiza en la obra la extracción de algunos grupos: los rusos y latinoamericanos han estado formados por personas instruidas o semiinstruidas, pero, por diversas causas, frustradas, procedentes de las clases media y media-baja. En cambio, los grupos terroristas nacionalseparatistas casi siempre están formados por jóvenes de una extracción social más baja: el IRA es un ejemplo muy claro. De todos modos, el ala izquierda tiende a estar formada por intelectuales de clase media y oficinistas. Muchos grupos terroristas, por ser fanáticos, han actuado con crueldad y sadismo; sin poder generalizar aquí tampoco,

W. Laqueur apunta que el terror *sádico* ha sido más propio de los grupos nacionalistas y de extrema derecha. Se ha señalado la presencia de un elemento místico en el terrorismo ruso pero que también se ha dado en el irlandés, rumano, japonés, indio, árabe, etc. Ha habido entre los terroristas personalidades desequilibradas, pero han sido casos aislados. También el posterior destino de antiguos terroristas ha sido muy diverso. No se puede decir que exista una *personalidad terrorista* como tal. Se apunta certeramente que el terrorismo moderno ya no supone el *solo ante el peligro* de los primeros tiempos. Ahora, los terroristas se apoyan ferozmente y, si algunos son capturados, los de fuera les ayudan a escapar o hacen chantajes para lograr su excarcelación. Con la abolición generalizada de la pena de muerte, son pocos los terroristas capturados que cumplen su condena completa.

Se dedica el capítulo IV a las «Interpretaciones del terrorismo: hechos, fábula y ciencia política». Las respuestas al porqué del terrorismo siguen siendo extraordinariamente diversas porque las manifestaciones del terrorismo también lo han sido. No es correcto atribuir el fenómeno a *injusticias sin resolver* que han motivado a *jóvenes muy idealistas*. Por supuesto que el idealismo existe, al ser jóvenes los terroristas que no buscan ganancias personales que siempre se oponen al *status quo*. Pasa el autor revista a diversas interpretaciones tempranas del terrorismo (maldad, histerismo, etc.) hasta que, en los años sesenta, los

sociólogos se han interesado por la violencia política aunque desde una óptica estadounidense influida por la guerra del Vietnam. Durante bastante tiempo se aceptó la teoría de Dollard quien afirmó «que la agresión es *siempre* una consecuencia de la frustración», consecuencia a su vez de la diferencia entre la demanda y la satisfacción. Otros investigadores apuntaron que el factor decisivo era la desintegración de la sociedad tradicional; otros, que la desigual distribución de la tierra; otros, consideraron la influencia del desarrollo económico: las sociedades más industrializadas, al igual que las más atrasadas eran las más estables, se pensó, pero ello no ha resultado cierto.

También se ha estudiado la repercusión de la represión (un poco de represión aumenta la inestabilidad; represión masiva tiene el efecto contrario, se ha dicho) y del cambio social sobre el terrorismo. Lo único que parece cierto es que existe una correlación directa entre inestabilidad y terrorismo. Y la inestabilidad procede de la *satisfacción social*, es decir, del grado de consecución de las metas sociales. Aquí el autor se extiende acerca de la incidencia que sobre el fenómeno del terrorismo han tenido la sociología del conflicto y la ciencia política en general. En el terreno de la teoría, el terrorismo en general se halla estrechamente relacionado con las teorías sobre la violencia política; se cita, a este propósito a Paul Wilkinson (que, como se sabe, es uno de los especialistas en el tema) entre otros. No pueden obtenerse con-

clusiones definitivas ni encasillamientos cómodos en términos como derechas -izquierdas, democracia-dictadura pues, por ejemplo, a este respecto, sólo algunas democracias han sido objeto de actividades terroristas y no otras como Escandinavia, Suiza, Bélgica, Holanda, Australia, Nueva Zelanda, etc.

Dedica Laqueur a continuación un apartado (con amplia documentación en notas a pie de página) sobre el tratamiento del terrorismo en la literatura y, más en concreto, en la novela. Revisa en *el terrorismo desde fuera* numerosos relatos de acciones terroristas y, luego hace otro tanto con *el terrorismo en la literatura rusa*. En *el terrorismo desde dentro*, repasa la problemática terrorista descrita por quienes fueron terroristas.

Completa este capítulo con un apartado sobre «Terrorismo y propaganda» es decir, aquel tipo de escritos que tiene como única función levantar la moral. La literatura se emplea así como arma y algunos terroristas (en sentido amplio) han sido objeto de mitificación.

El capítulo V, «El terrorismo, hoy», pasa revista a lo que es en la actualidad este fenómeno a partir de los años sesenta. Aunque se ha dado en muchos países y ha adoptado muchas formas diferentes pero, hablando en términos generales, puede dividirse en tres subespecies distintas. En primer lugar existe un terrorismo separatista-nacionalista como el del Ulster, Medio Oriente, Canadá o España. En segundo lugar, aparece el terrorismo latinoamericano que es un fenómeno *sui generis*, espe-

cialmente en las zonas urbanas. En tercer lugar existe el terrorismo sistemático en las ciudades de Norteamérica, de Europa Occidental y de Japón «que procede de la *Nueva Izquierda* en Alemania Occidental, Italia, América y Japón y que, en ocasiones, ha sido también practicado por grupos semifascistas al pensar aquella que las técnicas usadas en Latinoamérica funcionarían en otros sitios o que las condiciones latinoamericanas podrían crearse artificialmente en países más desarrollados».

Básicamente, estas tres tendencias tienen muy poco en común; por eso, su coincidencia en el tiempo parece meramente accidental. También se señalan las importantes diferencias entre el terrorismo de los años sesenta-setenta y el de anteriores olas terroristas. La mayoría de los grupos de los sesenta eran de izquierdas o usaban *fraseología de izquierdas*. Señala W. Laqueur que esos grupos, radicales en el sentido de oponerse al sistema, a pesar de proclamarse marxistas y leninistas, su voluntarismo e idealismo, su culto a la violencia los ha hecho parecerse más a los fascistas que a los socialistas; estos terroristas han sido totalmente antidemócratas. Otra diferencia importante ha sido la intervención de potencias extranjeras directa o indirectamente; antes de los años sesenta apenas se produjo tal intervención. Hay que mencionar también las nuevas armas y técnicas, la relativa respetabilidad del terrorismo por algunos círculos intelectuales y la cada vez menor capacidad de las autoridades para contrarrestar el te-

rorismo «al alborear la época permisiva», como dice Laqueur, por parte del poder judicial. Y, si la permisividad creció en cada país para con sus terroristas nacionales, aquélla fue mayor respecto a los extranjeros por obvias razones. Conforme aumentaba la presión terrorista, «los gobiernos conseguían que se aprobaran sin dificultad leyes más severas para combatir el terrorismo. Estas leyes, no siempre obtenían el resultado que se esperaba porque, en una sociedad democrática, las medidas que pueden aplicar los servicios de seguridad se mueven dentro de unos márgenes bastante estrechos hasta en situaciones críticas». Y «el carácter internacional del terrorismo nuevo es lo que le aportaba respaldo y confianza, tanto moral como material».

Prosigue el autor, tras estas generalidades que pueden aplicarse a la mayoría de los movimientos terroristas, analizando en apartados sucesivos el actual terrorismo en *Latinoamérica, el terrorismo nacionalista-separatista, el comunismo y trostkismo y la Nueva Izquierda*.

En *Latinoamérica*, tras el desastre de Che Guevara en Bolivia e intentos de guerrilla rural en Venezuela (1962-1963), Colombia y Perú (1965-1967), se hizo una revisión de la doctrina sobre las guerrillas: los grupos guerrilleros venezolanos, así como los de Perú y Colombia habían sido derrotados; la muerte de Guevara y la detención de Debray ponían de relieve el fracaso de la guerra de guerrillas en las zonas rurales. Comenzó la era del terror en las ciudades,

teniendo como escenarios principales a Uruguay (con el MLN, o tupamaros), Brasil (con los grupos ALN, VPR y el VAR-Palmares), Argentina (ERP, FAR o peronistas de izquierda y los montoneros). Hubo otros grupos en México, Guatemala, Colombia, República Dominicana, etc. El autor analiza las principales actuaciones de estos grupos, sus ideólogos y su relativa ineficacia. La innovación más interesante de los terroristas latinoamericanos fue la fundación de una «Junta de Coordinación revolucionaria» o especie de Internacional Terrorista creada por el ERP argentino, los tupamaros, el MIR chileno y el FLN boliviano.

Como los primeros *narodniki* rusos, los terroristas latinoamericanos supusieron que la *intelligentsia*, especialmente los estudiantes, constituían la vanguardia revolucionaria, aunque insinceramente, proclamaran por otra parte el papel fundamental de trabajadores y campesinos.

Es interesante señalar que, de otros movimientos terroristas anteriores tomaron el concepto de *provocación*; «la violencia produciría represión y ésta, a su vez, más violencia; hostigando constantemente al Gobierno, le obligarían a adoptar medidas aún más draconianas... Al mismo tiempo, los ataques contra el ejército, empujarían a los oficiales hacia la derecha y evitarían un golpe militar de izquierdas—como en Perú—que los terroristas veían como peligro grave. Esta teoría de la creciente polarización estaba basada... en una valoración poco realista de sus propias posibilidades y en un me-

nosprecio de las *fuerzas de represión*. Este error de cálculo y la falta de apoyo de amplia base (sindicatos) hicieron fracasar a grupos terroristas en Uruguay, Brasil y, sobre todo, en Argentina. Apuntemos también que los terroristas latinoamericanos fueron los primeros en secuestrar diplomáticos.

El terrorismo nacionalista y separatista ha prosperado en los años setenta: IRA irlandés, palestinos, FLQ de Quebec y ETA entre los más destacados. El carácter religioso de los dos primeros es evidente, aunque con mixtificaciones complejas de ideología leninista y una *mística nacional*, como dice Laqueur, de lucha antibritánica y lucha antisionista, respectivamente. El autor pasa revista a la historia, escisiones y ramas de estas organizaciones (IRA Provisional-Oficial, frente al contraterrorismo protestante UDA y UFV originado por el *miedo*). En realidad, el terrorismo irlandés ha sido una guerra civil en la que una minoría trata de *liberar* a la mayoría que se opone a esa liberación. La confesionalidad de los grupos le ha prestado virulencia.

La OLP (que tiene puntos de coincidencia con el IRA pero no tantos como se ha querido hacer creer) quedó constituida y actuó como organización de cobertura para *Al Fatah* y otros grupos más pequeños como el PFLP (del doctor Habash), el PDFLP, el *Saiga* y otros. Rasgos característicos de los movimientos palestinos es el gran apoyo financiero proporcionado por los gobiernos árabes, el elevado número de miembros de *Al Fatah* y el apoyo político externo

superior al de cualquier otro movimiento terrorista por contar con el respaldo de todos los países árabes; eso explica la desproporción entre las acciones terroristas (en número e importancia) y el éxito político considerable. El programa ideológico fue deliberadamente vago y, frente al obstáculo serio de la división interna, lograron, por un lado, alistar extranjeros mercenarios en sus filas (creando una especie de *brigada internacional*) y, por otro lado, para llevar a cabo misiones especialmente espectaculares y peligrosas fundaron entre otras, la Organización *Septiembre Negro*. Esta última se demostró no ser sino una sección de *Al Fatah* apoyada por Libia.

Se refiere a continuación el autor al Frente de Liberación de Quebec (FLQ) y a la ETA vasca, al *Ustasha* croata (yugoslavo en el extranjero) y a los terroristas portorriqueños agrupados principalmente en el FALN. En todos estos casos, los factores nacional-culturales (y/o religiosos) han tenido gran importancia; incluso se ha dado el fanatismo: certeza en unas creencias y espíritu de sacrificio. Incluso «cuando se descarta la religión tradicional, una nueva fe ocupa su sitio, ya sea nacionalismo o comunismo, pero la subyacente intensidad de esta fe tiene aún un carácter profundamente religioso». Al hablar de las escisiones de ETA (ETA V, ETA VI [1970] y ETA VI-LCR), el autor establece un paralelismo —no correcto seguramente— con el IRA provisional originario y el IRA oficial. Nada se dice en el libro de las diferencias entre ETA militar

y ETA político-militar, procedentes de aquella escisión, ni de los comandos autónomos. Aparece claro que ha carecido de fuentes W. Laqueur para un mejor análisis del fenómeno etarra.

Se analiza a continuación la relación entre *comunismo-trotskismo* y grupos terroristas. La postura oficial soviética ha sido de condena; al mismo tiempo, sin embargo, la Unión Soviética ha proporcionado armas, ayuda financiera, entrenamiento militar y, a veces, apoyo político. Su ayuda ha sido preferente para los separatismos o terrorismo nacionalista. La ambigüedad ha sido la constante de la Unión Soviética en los foros internacionales, ambivalencia que, por lo demás, se remonta a Marx, Engels y Lenin. En todo caso, las relaciones han evolucionado desde la frialdad inicial (caso de la OLP) hacia una actitud amistosa por razones políticas de penetración en un área geoestratégica. Algo parecido ha ocurrido con los grupos latinoamericanos, utilizando generalmente como intermediario a Cuba. En cualquier caso, países comunistas han proporcionado ayuda y entrenamiento a numerosos grupos terroristas (Cuba, Checoslovaquia, Argelia, Libia, Yemen del Sur, Corea del Norte, etc.).

El trotskismo ha manifestado públicamente una beligerancia mayor hacia el terrorismo en general como fermento revolucionario al que más tarde habrían de seguir las masas. No obstante, Laqueur demuestra que el panorama ha sido muy confuso, debido a las numerosas escisiones en el movimiento y a las tan diversas per-

sonalidades que han sobresalido en el seno de la IV Internacional (1969). Uno de los puntos más debatidos vino siendo la conveniencia de continuar la *guerrilla rural* o pasar al *terrorismo urbano*.

La *Nueva Izquierda*, formada entre los universitarios e intelectuales a fines de los años sesenta y comienzos de los setenta, ha sido una fuerza radical (apoyada por comunistas y ciertos países árabes) que ha operado desde dentro de las democracias como grupo de presión extraparlamentario, utilizando pretextos diversos como los movimientos ecologistas, el antimilitarismo, el ataque de base a la *sociedad consumista*, la solidaridad con el Tercer Mundo, etc. Mucho había de aburrimiento y tedio producido por la vida cómoda y materialista de la sociedad industrial junto con la agresividad y extremismo propios de la juventud. Sus *gurus* fueron Marcuse, Gramsci, Lukacs, Frantz Fanon..., casi todos de la generación anterior. Se habló así de la *violencia liberadora* que llevó a una furia iconoclasta que duraría tres o cuatro años. Luego, la *Nueva Izquierda* evolucionó en buena parte hacia el marxismo ortodoxo (soviético), y, entre sus militantes, los más dejaron la política. Minorías radicales dieron lugar al *Zengakuren*, en Japón; el *Weatherman*, norteamericano; la *Rote Armee Fraktion* (Baader-Meinhof) y el *Bewegung 2 de junio*, en Alemania. Más tarde, las *Brigatte Rosse* y *Prima Linea*, en Italia, y la *Angry Brigade*, en Inglaterra.

Es imposible reducir a común denominador la ideología de estos

grupos, que, si bien es sólo «un eclecticismo que tomaba ciertos conceptos del marxismo-leninismo y otros del anarquismo, sobre todo, creían en la primacía de la acción». No sólo se ha escrito mucho sobre estos grupos, sino que los propios miembros han publicado sus puntos de vista, estados de ánimo, metas, creencias y motivos. Insiste W. Laqueur que la mayoría de los miembros de estos grupos terroristas procedían de clase media y los más habían recibido una elevada educación en su casa y fuera de ella. Eran idealistas, que creyeron hacerse redentores del Tercer Mundo, oprimido y explotado, destruyendo «las islas de riqueza de Europa».

Parecida ascendencia tuvieron los miembros del Ejército Rojo Unido japonés. En el norteamericano influyó mucho el elemento racial, que daría origen, por ejemplo, a los *Panteras Negras*, inspirados, según ellos, en Che Guevara, Malcom X, Lumumba, Ho Chi Minh y Mao. Pero este grupo de jóvenes negros nada tuvo que ver con los *Weathermen*, cuyos miembros procedían de un medio social más alto y abogaban por otras reivindicaciones, como la «liberación de la mujer». Mientras que los grupos negros expresaron preocupaciones sociales, los blancos no pasaron de ser grupúsculos de individuos preocupados por obsesiones personales.

Los semianarquistas Brigadas Rojas, en Italia (terrorismo de izquierdas), opuestos a los grupos neofascistas, empezaron siendo, predominantemente, de clase obrera, con metas de sabotaje industrial, para evolucionar hacia el

«radicalismo de buen tono», en el que se enrolaron muchos jóvenes de alta extracción social, como el multimillonario Feltrinelli.

También fueron estudiantes de izquierdas los que formaron en Turquía el TPLA (Ejército de Liberación del Pueblo Turco), retoño de la anterior organización *Dev Genc*. A éste correspondió otro terrorismo de derechas, que se suponía inspirado por el coronel retirado Alpaslan Turkes, y cuya pretensión era el panturquismo y acabar con la democracia implantada por Kemal.

Otros muchos grupos terroristas de la *Nueva Izquierda* fueron desintegrándose o siendo absorbidos por el terrorismo multinacional. Concluye Laqueur este capítulo con una visión más bien optimista sobre la disminución del terrorismo en su conjunto, subrayando que, a nivel de grandes magnitudes (en recursos invertidos por los gobiernos y en pérdida de vidas, aspecto ciertamente más dramático), el costo del terrorismo —y sus éxitos— ha sido mucho menor que cualquiera de las más recientes guerras, por ejemplo, en Líbano o Campuchea.

Conclusión

Afirma el autor que durante la última década se ha desarrollado una *mitología del terrorismo* que asume varias concepciones falsas, a muchas de las cuales ya anteriormente se ha hecho alusión.

1. El terrorismo, contra lo que muchos piensan, no es un fenómeno enteramente nuevo y sin precedentes. El paradigma lo sitúa en

el *Naródnaia Volia* ruso (*Voluntad del Pueblo*).

2. El terrorismo, hoy, aun llevando fuerte carga política, no es cierto que vaya dirigido siempre contra regímenes despóticos. De hecho, se ceba en «sociedades democráticas permisivas y regímenes autoritarios poco eficaces». Y «la mitad de las veces es sólo una forma de lucha nacionalista o religiosa».

3. Contra la creencia generalizada de que el terrorismo es por naturaleza de izquierdas o revolucionario y a menudo use esa fraseología de liberación de masas, «la inspiración verdadera que sirve de soporte al terrorismo es normalmente un activismo desenraizado que puede inclinarse con la misma facilidad a la izquierda o a la derecha. El terrorismo, en cualquier caso, no es una escuela filosófica: es siempre la acción lo que cuenta».

4. Se cree que el terrorismo aparece allí donde la gente tiene legítimos motivos de queja. Esto no es cierto; la experiencia demuestra que «las sociedades con menor participación política del pueblo y más injusticias son las que se hallan más libres de terrorismo en nuestros días». Y aunque existan injusticias, es absurdo pensar que los terroristas y el sistema propugnado por ellos resolvería mejor los problemas que los Estados a los que ellos combaten.

5. El terror no es tan eficaz como puede creerse. Sólo rara vez ha producido efectos permanentes y cuando se le han asociado las masas; no hay constancia de «ningún pequeño grupo terrorista en

la historia moderna que haya logrado hacerse con el poder». El Estado tiene a su disposición medios de represión muy eficaces; el problema está en cómo usarlos sin caer en la trampa de la provocación terrorista. «Normalmente, la sociedad tolera el terrorismo mientras no pasa de ser una molestia. Cuando la inseguridad se extiende y el terror se convierte en un peligro real, ya no se critica a las autoridades por descuidar los derechos humanos en la lucha contra el terror...». Estas frases de Laqueur podrían dar lugar a una seria reflexión.

6. Se ha dicho que el terrorista es más humano, más inteligente que el delincuente ordinario. Es un idealista. Eso no siempre es cierto. El delincuente común no suele usar la tortura porque le mueve la ganancia material y no el fanatismo. En cambio, el terrorista se libra de todo escrúpulo moral, cayendo en el asesinato a sangre fría y en la *masacre* indiscriminada porque sólo pretende crear confusión y miedo. Y ese fin justifica cualquier medio.

7. El terrorismo no es ya el arma de los pobres como quizá lo fue en el XIX. Hoy, es cierto, hay terroristas pobres; pero los financiados por potencias extranjeras o los que acuden a la extorsión, pueden llegar a formar una *aristocracia terrorista* por cuyas manos pasan muchos millones de dólares, que tienen oficinas y hoteles de lujo como tapadera y fuertes cuentas bancarias en Suiza.

Concluye W. Laqueur reiterando una serie de ideas ya expuestas,

entre las que destaca la importancia que dan los terroristas a los medios de comunicación: «el peligro real con que se enfrentan los terroristas es el de ser ignorados, el de no recibir suficiente publicidad, el de perder su imagen de luchadores por la libertad...». Los terroristas tienen que encontrarse con enemigos decididos, no dispuestos al chantaje, pues a menudo se cae en el contrasentido de que «dirigentes que quizá no dudarían en sacrificar ejércitos enteros en tiempo de guerra, se muestran dispuestos a hacer casi cualquier concesión por salvar una sola vida humana en tiempo de paz, aun sabiendo que esas concesiones llevarán a nuevos brotes y a más víctimas del terror». Esta idea encierra por sí sola una lección que debería hacer meditar mucho a gobiernos, partidos políticos, fuerzas armadas y cuerpos de seguridad. Bastaría comprender que el terrorismo es, sin paliativos, una guerra sin cuartel y, en las guerras, se hace preciso afrontar las bajas por muy duro que resulte. Por ello, el peor error que puede cometer un gobierno es ceder al chantaje del terrorismo. Si los gobiernos se negaran a acceder a las demandas de los terroristas, el terrorismo disminuiría considerablemente. La cooperación internacional es casi imposible mientras algunos estados soberanos apoyen, adiestren, financien, equipen y ofrezcan refugio a grupos terroristas. Mientras los grandes *patrocinadores* del terrorismo no sufran nada de él, no será posible una estrategia conjunta efectiva a escala mundial por muchas

declaraciones que hagan y acuerdos que tomen la mayoría de los países democráticos (que constituyen sólo la quinta parte de la humanidad). Esa estrategia de *atacar al centro* ya la defendió *Naródnaia Volia*, pero hoy son los propios terroristas los más interesados en no aplicarla. Mientras tanto, las Convenciones, Resoluciones de Organismos Internacionales e, incluso, el proyecto de un Tribunal Internacional para juzgar los delitos de terrorismo, no servirán para mucho.

Walter Laqueur concluye con perspectivas francamente optimistas. Según él, ni los daños del terrorismo son comparativamente tan graves, ni las democracias se hallan inermes ante él, ni es cierto que asistamos a una *escalada terrorista*, ni es probable que las organizaciones terroristas recurran al chantaje con la amenaza nuclear. Le parece que, mientras no hagan uso de armas de destrucción masiva, el terrorismo puede ser *tolerable* y las democracias pueden llegar a asimilarlo, *convivir con él* mientras no pase de ser *una molestia*, como dice el autor.

Por otra parte, los países que apoyan el terrorismo o le sirven de apoyo, creen tener la certeza de que aquél nunca se volverá

contra ellos *atacando al centro*. Pero esa presunción podría resultar falsa, al menos si la tirantez rebasa los límites tolerables.

El libro, que en conjunto y en sus apéndices en particular, aporta gran cantidad de datos, bibliografía y erudición, lo constituye en uno de los clásicos sobre esta materia. Su lectura resulta indispensable a todo aquel que quiera especializarse en el tema, a pesar de las indudables lagunas (en el caso de España no se hace mención del GRAPO, por ejemplo, ni de otros grupos regional-separatistas y la información sobre ETA) que la obra contiene. Uno de los mayores méritos del libro que reseñamos está en la delimitación entre los conceptos interrelacionados pero diferentes de *revolución*, *guerra de guerrillas* y *terrorismo* (cosa que no han hecho otros tratadistas clásicos) para enfocar seguidamente el estudio de este último desde un punto de vista a la vez teórico e histórico de cada grupo. La claridad en la exposición es otro mérito digno de reseñar que, junto con el constante descenso al terreno práctico de los hechos históricos y datos concretos, hace la lectura amena e interesante.

ANGEL SAGREDO RUBIO